

EN LOS CONFINES DEL MUNDO

Juan Félix Bellido

EN LOS
CONFINES
DEL MUNDO
Entrevista a *X*avier



Ciudad Nueva

© Juan Félix Bellido

© 2015, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico:
Antonio Santos

Imagen de cubierta:
Planisferio de Cantino

(Biblioteca Universitaria de Estense, Módena, Italia - 1502)

ISBN: 978-84-9715-326-3

Depósito Legal: M-20.409-2015

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

1. *Isla de Sanción*

1552

Dios me asista en el arduo empeño de escribir este manojito de papeles que, con inexplicable pretensión, me apresto a redactar para dejar constancia de mi encuentro, allá en las lejanas tierras de Oriente que los reinos portugueses poseen, con un singular hombre que impresionó mi joven ánimo de entonces y dejó grabado en mi memoria el recuerdo que se conserva de los gestos inefables. Aún no he logrado comprender del todo las razones que llevan a algunos hombres a embarcarse en gestas tan lejanas y ajenas a los habituales negocios que ocupan nuestra existencia. Espero que el volcar al papel tan singulares recuerdos me ayude a comprenderlos, o por lo menos a acompañar mi conciencia y confortarla con un acto que considero de justicia.

Ayer conocí por fin al maestro Francisco. He visto su imagen física –visiblemente agotada– que dista del retrato que hace unos meses me diseñó en Goa el novicio Manuel Teixeira, que en esta lejana ciudad de la India encontré entre los treinta y nueve miembros de la Compañía de Jesús que forman la comunidad del Colegio de San Pablo. Tiene tan solo dieciséis años y, por lo que comentan los demás, el maestro Francisco le tiene gran aprecio. La admiración de este novicio por tan singular provincial es bien visible. Se entusiasma

cuando habla de él, y lo hace como de un modelo casi inalcanzable.

«Es el P. Maestro Francisco –me decía– de estatura antes grande que pequeña. El rostro bien proporcionado, blanco y colorado, alegre y de muy buena gracia. Los ojos entre castaños y negros, la frente larga, el cabello y la barba negros. Traía el vestido pobre y limpio y, cuando andaba, lo levantaba un poco con entrambas manos. Llevaba una sotana sin cinturón ni mangas, como acostumbran los sacerdotes pobres de la India. Iba casi siempre con los ojos puestos en el cielo, con cuya vista dicen que hallaba particular consuelo y alegría, y así andaba su rostro tan alegre e inflamado, que causaba mucha alegría a todos los que lo veían. Y aconteció algunas veces a algunos hermanos hallarse tristes, y tomar por medio para alegrarse el irlo a ver, y se sentían inflamados con su presencia. Era muy amable y recibía a los de fuera con gran afabilidad. Era alegre y familiar con los de la casa, especialmente con aquellos que entendía que eran humildes y sencillos y que de sí tenían poca opinión y estima. Mas por el contrario se mostraba severo, grave y algunas veces riguroso para con los altivos y que de sí tenían gran concepto y opinión, para que se conociesen y humillasen. Y así lo aconsejaba a los superiores que lo hiciesen. Era muy moderado en el comer y beber; pero por evitar la singularidad, estando con otros, comía de todo lo que le ponían. Tenía muy particular cuidado de los enfermos, para los cuales tenía mucha caridad. La última vez que vino a Goa fue visitado por mucha gente de esta ciudad, por la mucha

devoción y amor que todos le tenían, los cuales él recibía con mucha afabilidad y comedimiento, yéndolos (luego que lo llamaban) a recibir y hablar; de manera que algunas veces dejó seis o siete veces de rezar una de las Horas del Breviario que había comenzado, por ir a recibir y hablar a los que lo venían a buscar, y otras tantas veces la tornó a comenzar, con tanta devoción como si hasta entonces hubiera estado en oración».

Los rasgos que en parte he visto y en parte he adivinado en este «santo padre», como lo llaman por estas tierras, coinciden en gran parte con la descripción de Manuel Teixeira. Sin embargo, su pelo es ya algo cano; y, a pesar de que tiene poco más de cuarenta y cinco años, a ratos parece tener veinte, a juzgar por la luminosidad de su mirada y la dulzura de su rostro, y a ratos, más de setenta, por las muestras de cansancio que se ven en su rostro y en sus miembros. Estos días andaba hondamente preocupado, y así lo encontré. Desde luego, su empuje no proviene de la fuerza de sus músculos ni de la energía de su cuerpo. Sospecho que su salud no es buena, y debe de estar aquejado por alguna enfermedad que esconde y que trata de desechar no pensando en ella, intentando que su maltratado físico no ponga trabas y le impida navegar hasta las costas chinas, a tan solo doce leguas de esta isla de Sanción, a la que llegué hace tres días en una nave portuguesa que salió de Singapur el mes pasado.

Hallé al padre Francisco abatido y muy preocupado por las noticias que llegaban hasta aquí desde ese misterioso imperio que ha cerrado sus puertas a todo lo que signifique extranjero, forastero, ajeno o distinto, y cuyos comerciantes vie-

nen desde Cantón –que se encuentra a treinta leguas– hasta esta isla para traficar con los portugueses, que tienen prohibido traspasar sus fronteras. El padre Francisco llegó en agosto con la esperanza de poder alcanzar las costas chinas y entrevistarse con el gobernador de Cantón. Su intención era solicitarle la liberación de los presos portugueses –que, a juzgar por lo que cuentan, sufren atroces tormentos y pesadas cadenas– y permiso para predicar la ley de Dios en aquellas misteriosas y enigmáticas tierras. Empresa harto difícil, pues, por lo que me ha confesado el capitán mayor de los portugueses, Luís de Almeida, nadie quiere llevarlo hasta las tierras chinas por miedo a los terribles riesgos que corren al hacerlo. Ahora, el padre Francisco alberga la esperanza de que se cumpla una reciente promesa.

Se ofreció un hombre honrado –como él mismo me ha confesado cuando le he expresado mi intención de conversar con él cuando se encuentre más repuesto, pues hoy tenía fiebre–, morador de Cantón, a llevarme por doscientos cruzados en una embarcación pequeña, donde no hubiese otros marineros que sus hijos y mozos, para que el gobernador de Cantón no viniera a saber por los marineros cuál era el mercader que me llevaba. Y además se ofreció a esconderme en su casa para, desde ella, llevarme un día antes del amanecer y dejarme en la puerta de la ciudad con mis libros y un batillo, para que desde allí pudiera irme yo luego a casa del gobernador...

La tos le interrumpió y yo aproveché para interesarme por el motivo de arriesgar su libertad e incluso su vida en este empeño.

Quiero expresar mi deseo de ir a ver al rey de China –me dijo con voz entrecortada por el jadeo que una respiración cansada y dificultosa le producía– para declararle que su Alteza nos ha mandado a predicar allí la Ley de Dios.

Esperaba esta respuesta, pero no por ello dejó de impresionarme la sencillez de su planteamiento y el despego que tenía a su bienestar y a su vida. Traté de hacerle presente los peligros que conllevaba un hecho así y los trances y desgracias que podía sufrir.

Peligro es –me sorprendió el maestro Francisco– dejar de confiar y esperar en la misericordia de Dios, pues por su amor y servicio vamos a manifestar su Ley, y a Jesucristo, su Hijo, nuestro Redentor y Señor, como él bien lo sabe.

Me dejó perplejo su respuesta. Intenté decir algo pero me fue imposible articular palabra, de tan rotundas que me resultaron las suyas y de la sorpresa que causaron en mi pensamiento. Balbuceé, tartamudeé confuso e inseguro... pero volví al silencio y a la expectación. Todo en un breve instante; el que él usó para hacer una breve pausa para tomar aliento; y prosiguió:

Desconfiar ahora en su misericordia y poder por los peligros en los que nos podemos ver por su servicio es mucho mayor peligro de lo que son los males que nos pueden hacer todos los enemigos de Dios...

Estaba decidido a ir a China por los medios que fuese. Lo noté muy fatigado y no quise importunarlo más con mis preguntas. Me saludó con una sonrisa, que percibí de una dulzura

enternecedora y que jamás había visto en el rostro de ningún hombre hasta ese momento, y se alejó de la playa caminando lentamente hacia el interior, hacia un alto que desde la costa se divisaba. Allí habían construido para él una choza de esteras que le servía de habitación e iglesia, y en la que decía misa.

La luz crepuscular comenzaba a caer sobre la orilla, y bajo aquel cielo teñido de añiles y rojos contemplé las lejanas siluetas de las cumbres chinas. ¿Qué misterios se escondían detrás de aquellas montañas? ¿Cómo serían los pueblos que habitaban aquellas desconocidas tierras, su lengua, sus costumbres, su religión? ¿Qué suerte correría este tozudo e intrépido maestro navarro que pretendía entrar en ella, muy a pesar de las prohibiciones y haciendo caso omiso de las amenazas de su rey? La noche se presentó insomne y me costó conciliar el sueño. No lograba borrar de mi memoria aquel rostro sin edad, surcado de arrugas, cuando pronunció aquellas palabras tan enigmáticas para mí y tan faltas de lógica pero que, sin embargo, no acertaba a rechazar.

Es más seguro y más cierto pasar por los peligros corporales, antes que correr los peligros espirituales que supone no seguir a Dios.

Lo dijo con tanta rotundidad, que parecía evidente. Una extraña desazón anida desde entonces en mi ánimo. Extraña fe y extraños pensamientos para los tiempos que corren.

Aquel día me había invitado a almorzar en su choza Luís de Almeida. Después del almuerzo tenía previsto subir hasta el barracón en el que vivía el padre Francisco a conversar con él. Así habíamos quedado de acuerdo. Mientras esperaba, me